

## ENVIDIA, COCHINA ENVIDIA

Por: Antonio Diego Duarte Sanchez (27.428.747M).

Tengo que reconocer que entre mis vacaciones ideales no se cuenta ir a la playa. No me desagrada ir a pasar un día, o incluso dos, pero un periodo superior a las cuatro jornadas se me hace eterno y bastante insoportable.

Generalmente, en lo que a mi respecta, ir a la playa supone desplazarme unos setenta kilómetros de mi domicilio habitual, hasta la casa que mis padres, con mucho ahorro, consiguieron construir hace cinco lustros sobre unos terrenos heredados.

La playa que yo conocí en mi niñez era una pequeña aldea de pescadores: dos hileras de casas muy humildes frente a una playa enorme salpicada por los chamizos en los que los pescadores dejaban sus barcas y redes. De chico, por la mañana, bajábamos hasta la playa con cubos de plástico, ayudábamos a sacar las barcas hasta los chamizos y, si la noche había ido bien, los pescadores nos llenaban los cubos con pescado. Nuestras madres los freían con abundante aceite de oliva y en aquel almuerzo participaba toda la familia.

El sector comercial del pueblo estaba representado por la tienda de Mateo, que aún vive y toma el fresco en el porche de su casa, a la entrada de lo que fue la tienda original. También había un bar, naturalmente, donde los hombres (y, en ocasiones, las mujeres) acudían a tomar una cerveza o un carajillo o a echar su partida de dominó. Los veranos suponían juntarse una docena de familiares que compartían un pozo de agua salobre, filtrada por la arena del mar cercano y que servía para lavarnos pero no para beber; dos enormes tinajas de agua, que eran llenadas semanalmente por un camión aljibe, nos abastecían de agua potable y los críos, como todos los críos, nos las arreglábamos para no dar un minuto de descanso a nuestras madres.

Ese pueblo, Bolnuevo, como otros de sus características, ya no existe más que en mis recuerdos y en el de cuantos lo vivimos. Su condición entonces, que hoy definiríamos de casi miserable, se ha transformado en el paraíso de los que sabemos que no volverá. Preguntar a los habitantes del pueblo si prefieren aquella aldea o este nuevo lugar lleno de viviendas de alquiler, veraneantes del camping aledaño, motocicletas ruidosas y calor reverberante, es una tontería. Ahora se han revalorizado sus propiedades, viven del turismo durante todo el año y la emigración forzosa a Barcelona se terminó: son ahora aquellos antiguos emigrantes quienes han invertido sus ahorros en la rehabilitación de las casas de sus mayores, que ahora ofrecen veraneo gratuito a los hijos de los charnegos, con su curioso acento entre catalán y murciano de la costa.

Cualquiera que me lea, sobre todo quien sea del interior, envidiará el hecho de que disponga de una casa, en primera línea de playa, en la que pasar fines de semana durante el año o quincenas de verano sin más gastos que los derivados de su mantenimiento. Su construcción se debió al tesón y ahorro de mis padres: un guardia civil y una ama de casa que vivieron la postguerra, como otras tantas familias españolas, con sus penurias y sus sacrificios.

Nadie está contento con lo que tiene, y lo cierto es que uno termina prefiriendo perderse en cualquier lugar del interior, huir del gentío y descubrir el mundo sin el ajeteo continuo y pegajoso del calor playero.

Pero aquí estoy, acordándome a cada momento de toda la familia (hasta tiempos de los ibero-fenicios que por aquí pulularon) de los jovenzuelos motorizados a escape libre que incordian, molestan y a quienes uno les desea pasen a formar parte, lo mas rápidamente posible, de las estadísticas de cretinos que la selección natural hace desaparecer de posibles perpetuadores de la especie.

Con el consuelo de la lectura, inmerso en el mundo caballeresco y redicho de Tirant lo Blanc, a veces siente uno la tentación de acercarse al mundo mundano y ha venido a mis manos la penúltima

(o antepenúltima, vaya usted a saber) edición del "Hola". Ese mundo se parece mucho al del Tirante de mis lecturas: fantasías de nuevos guerreros de belleza, gentileza y virtud discretísima: tanto que resulta extraordinariamente difícil de hallar. Y ¿Qué de los valores que nos enseñan?; riqueza, ostentación del linaje, oropel... La pareja que se va a África para que su niña sobrealimentada y sobrevacunada pueda decir que ella nació en Namibia, por eso su piel es blanca. Más les valiera ser como la viuda que entregó sólo dos piezas de cobre buscando que nadie la viera.

También me sorprendí con la residencia de un afamado cortatelas que, agobiado como yo por los males del mundo y de la condición humana, se ha hecho construir un a modo de retiro a partes iguales monacal y espartano, buscando, sin duda, la liberación de su espíritu atormentado durante un periodo suficiente.... Que la inspiración le sorprenda trabajando, vaya. Aséptica e impoluta, con baldosas limpias como los chorros del oro, con su mesa de cocktail (aunque yo no pude apreciar al tal gallo ni a su cola por parte alguna) siempre dispuesta y refrigerada para cualquier inopinado huésped que, naturalmente, habrá avisado por e-mail, SMS o cualquier otro medio adecuadamente electrónico.

Y, en esa hoguera de las vanidades, me sorprendí a mi mismo envidiando al canoso remendador, imaginándome en aquel mar de tranquilidad donde cualquiera de mis apetencias podría estar cubierta: fuera un libro de mi biblioteca, una película de mi filmoteca o un disco de mi discoteca. Esa envidia por aquel ambiente espartano y monacal (como ya quedó dicho), no fue en absoluto acompañada por un recuerdo contrito y solidario hacia aquellos de mis hermanos que, en estos instantes, mueren de cualquiera de las mil muertes que el hombre y la naturaleza nos deparan.

Definitivamente, por si me quedaba alguna duda, me hallé incluído en ese género del que a todos nos gusta sentirnos parte esencial y especial: el humano. Qué se le va a hacer....

Bolnuevo (Mazarrón), a 21 de julio de 2007.